

PELIGRO EN EL "PLANETA AZUL"

El doctor Rodríguez de la Fuente anda en malos pasos. Autor de un programa fascinante acerca de la naturaleza y de los animales llamados salvajes, se ha ido metiendo poco a poco en el terreno de la etología —la ciencia de la conducta animal—, la psicología del comportamiento («behaviour»), la ecología —la interacción de los organismos vivos entre sí y en relación con su ambiente— y, de desliz en desliz, está ahora, con su serie «Planeta azul», derivando hacia el hombre, la agresividad, la violencia, el bien y el mal. Se ha perdido. Frecuentemente proclama su calidad de profano. Este rasgo de humildad está, sin embargo, contrarrestado por su autoentusiasmo, su palabra de martillo pilón, sus ademanes —manos que parecen salirse de la pantalla— que hacen de él, sin duda, el mejor presentador de la televisión española pero que, al servicio de una mala causa, puede causar notables daños. Sus ideas, ciertamente, no son suyas. Ha acogido y apadrinado algunas de las que andan sueltas —las de Ardrey, las de Konrad Lorenz, las del divertido y equivoco Desmond Morris, cuyos «Mono desnudo» y «Zoo humano» se difunden ampliamente en España— y, en resumen, las de los que defienden la idea de la agresividad innata del hombre, la supremacía del fuerte, el motor «natural» de la violencia. Su programa ha pasado de ser simpático —lo que no es poco, en tiempos profundamente antipáticos— a ser inquietante.

"LA SABIDURIA DE LA NATURALEZA"

En el «Planeta azul» del 16 de noviembre, el doctor Rodríguez de la Fuente defendió algunas teorías notablemente peligrosas. Situado ante un gráfico en el que aparecían algunos animales predatorios, algunos famosos carnívoros, pero que derivaba hacia el primate con un enorme garrote de matón de taberna de pueblo, utilizando como puntero una flecha de cazador africano que había matado numerosos animales, «pero que probablemente habría servido para matar algún hombre», abría y cerraba con sus expresivas manos las mandíbulas de un cráneo de leopardo para pasar inmediatamente a señalar algunas herramientas primitivas. Y explicaba cómo la sabiduría de la naturaleza —de la cual hay, por ahora, muchos motivos para dudar— afina las especies gracias a una pulcra y continua matanza.

La leona que cae sobre un rebaño de cebras no consigue matar ninguna porque todos los animales estaban ágiles y dispuestos: si hubiese habido alguno débil o enfermo, no hubiese podido huir y hubiese perecido. Esta eliminación habría favorecido a la especie de las cebras al eliminar a un individuo capaz de transmitir la debilidad genéticamente. La persecución, por otra parte, según el doctor, perfecciona la raza perseguida. La hace evolucionar en un sentido mejor: desarrolla su capacidad para saltar,



¡IDAD GRACIAS A VUESTROS VERDUGOS!

UNA IDEA ANTIGUA

La idea de la supervivencia de los más aptos es ya antigua. Aparece, antes que en Darwin, en Herbert Spencer (1820-1903). Darwin iba a popularizar la fórmula de «la lucha por la vida» —«struggle for life»— que rápidamente tendría entrada en la política, como excelente pretexto de razón de los fuertes sobre los débiles, de los opresores sobre los oprimidos. De esta escuela inglesa saldría un Imperio. La idea reapareció después en un perseguido, en Freud: «Es necesario —escribía— contar con que una buena parte de instinto agresivo forme parte del legado instintivo del hombre. «Homo homini lupus». ¿Quién tiene la arrogancia de negarlo enfrentándose con toda la evidencia de su propia vida y de su historia?». Junto a él, en el país que invadiría el suyo y trataría de eliminar su raza, florecía Nietzsche, el filósofo del superhombre —al que definía con unas palabras muy parecidas a las de R. de la F. para con algunos de

sus animales predilectos: «Pies ligeros, malignidad ubicua, exuberante alegría»— al que conviene escuchar: «¿Qué es bueno? Todo lo que aumenta en el hombre la sensación de poder, la voluntad de poderío, el poder mismo. ¿Qué es malo? Todo lo que nace de la debilidad». Tras este defensor del «pesimismo de la fuerza» reaparecen ahora los nuevos zoólogos: Ardrey, Lorenz. Ardrey coloca en el mercado de ideas hacia 1967 su libro «El imperativo territorial», al que añade este expresivo subtítulo: «Una investigación personal acerca de los orígenes animales de la propiedad y las naciones». La tesis de Ardrey es que la propiedad privada es un instinto, igual que la defensa del territorio. Aunque la investigación se dé como personal, es más bien un análisis apasionado, poco contrastado con la experiencia, de algunos escritores con más carácter científico. El más brillante, Konrad Lorenz. Algunos de sus libros: «Sobre la agresión», «Evolución y modificación del comportamiento».

Lorenz vive adornado con el título de director del Instituto Max Planck de Alemania Federal. Su palabra se toma como axioma. Las tesis de Lorenz se centran en que la agresión —o «instinto combativo de la bestia y el hombre dirigido contra miembros de la misma especie»— lo hemos heredado del antroponoide y no hemos sabido controlarlo. Más concretamente, «no podemos» controlarlo. El instinto de agresión es nuestro destino. Unido al de la propiedad privada y al imperativo territorial dan la lucha de clases, las revoluciones, las guerras y las sociedades represivas. Combinado con la inteligencia, da el máximo de horror. Si la inteligencia produce la bomba atómica y el instinto de agresión la necesidad de utilizarla, la especie humana está acabada. Lorenz está seguro de ello.



Que la agresividad aparezca disfrazada de conveniencia para el mejor desarrollo de las especies, que el asesinato del débil parezca conveniente para la colectividad, que la guerra se presente como una selección eugenésica o como un conveniente alivio demográfico, son aberraciones que reaparecen cuando ya parecían definitivamente enterradas.

INSTINTO Y APRENDIZAJE

Pero, ¿existen los instintos? Hay una escuela que sostiene que no: es una escuela de gran prestigio científico, para cuyos sustentadores Lorenz y Ardrey no pasan de ser charlatanes sin rigor. La teoría del instinto en el hombre comenzó a sufrir rudos ataques con Dunlap («Are there any instincts?», 1919) y con Bernard («Instinct, a study on social psychology», 1924). Se duda de que la definición común de instintos comunes en los animales (sus comportamientos son esencialmente distintos en distintas especies, y aun dentro de una misma especie en circunstancias ambientales determinadas).

Frente a la teoría de «instinto» se alza ahora la de «aprendizaje». «Lo notable con respecto a la conducta humana es que es aprendida. Todo lo que un ser humano lleva a cabo como tal ha tenido que aprenderlo de otros seres humanos. Desde cualquier control sobre las reacciones predeterminadas, biológicas o hereditarias que pueda prevalecer en la conducta de otros animales, el hombre ha accedido a una zona de adaptación en la que su conducta está determinada por respuestas aprendidas. Es dentro de la dimensión de la cultura, de lo aprendido, en el entorno producido por él mismo, donde el hombre crece, se desarrolla y alcanza su entidad como organismo que sigue una conducta», dice Ashley Montagu en 1968. Existen bastantes dudas acerca de si los instintos de los animales no son, también, fruto de un aprendizaje, que se modifica continuamente con la acumulación de otros aprendizajes, y no sólo en una genérica e incontrolable evolución de la especie.

HOMBRE BUENO HOMBRE MALO

Las ideas de «depravación innata», de «instintos asesinos», de «guerra genética», de «bestia humana», son ideas antiguas, ahora re-
verdecidas. Hacia el siglo XVIII, cuando se discutía acerca de la «naturaleza» del hombre, dos escuelas se repartían la opinión: la del «hombre bueno» y la del «hombre malo» (hay, naturalmente, importantes antecedentes de esta discusión, a partir de la antigua Grecia; pero en el siglo XVIII y en el siglo XIX alcanzan consideración política en Europa). La escuela del «hombre bueno» sostiene la existencia de buenos «ins-

tintos» y su perversion por la sociedad, culpable, de forma que la desaparición de ciertos errores de la sociedad devolverían su inocencia al hombre. La escuela del «hombre malo» sostiene, por el contrario, la naturaleza de la maldad y requiere una sociedad represiva, intolerante. La escuela del hombre «malo» está representada, en esa época, por la derecha; la del «bueno», por la izquierda. Hoy las naciones de valor, «bueno» y «malo», no son consideradas científicas, y la moral moderna apenas las retiene. La noción del hombre malo por naturaleza aparece en este pseudocientifismo de Morris, Ardrey, Lorenz.

Pero aparece enmascarada. Que la agresividad aparezca disfrazada de conveniencia para el mejor desarrollo de las especies, que el asesinato del débil parezca conveniente para la colectividad, que la guerra se presente como una selección eugenésica (cuando se ha demostrado precisamente su carácter inverso, puesto que destruye en primer término a los varones jóvenes, aptos para el servicio de primera línea) o como un conveniente alivio demográfico (cuando simultáneamente la moral tradicional se opone a otras reformas menos cruentas del alivio demográfico), son aberraciones que reaparecen cuando ya parecían definitivamente enterradas.

Que asomen incautamente a través de un programa familiar, simpático, justamente apreciado, como el del doctor Rodríguez de la Fuente, parece monstruoso. No nos parece deliberado en su autor, sino más bien fruto de ideas adquiridas, de fácil literatura de divulgación. Como no es ese su terreno, no deberá costarle trabajo abandonarlo. Vuelva a sus fascinantes imágenes, a la descripción de la vida animal, a la aproximación de las fieras en lo que son, y deje el hombre, déjese de selección de los débiles, de lucha por la vida. Ganaremos todos. ■
PABLO BERBEN.

● Podemos remitir a nuestros lectores al número 409 de TRIUNFO, donde se publicó un extenso artículo sobre la agresión. Y recomendamos muy vivamente la lectura del libro «Hombre y agresión», editado posteriormente por Kairós (Barcelona, 1970), donde destacados naturalistas, biólogos y psicólogos (Ashley Montagu, S. A. Barnett, Geoffrey Gorer, Sally Carrighar, J. P. Scott, Schneirla, Edmund Leach, Kenneth Boulding, Sir Solly Zuckerman, Ralph Holloway, Omer Stewart, John Beatty, Marshall D. Shalins, John Hurrel Crook) examinan científicamente las cuestiones suscitadas por estas divulgaciones de moda.



El conductor que vio colocar su batería (y no la volvió a ver)

Le dijeron que había que cambiar la batería, él dijo que sí. Vio cómo quitaban la antigua. Vio cómo ponían una OXIVOL nueva. Y se fue. Había visto su batería. Durante un momento se había fijado en ella. Lo cierto es que no la volvió a ver. No le creaba problemas crónicos, constantes, pegajosos. No tenía que estar pendiente de ella. Y no lo estaba.

Como mucho, hacía lo mismo que le recomendamos a usted: pedirle al Taller que le mantuviese la batería de su coche en perfecto estado.

Ese es todo el cuidado que necesita un elemento tan importante como la batería. Un elemento importante del que usted puede despreocuparse, porque su Taller y nosotros nos preocupamos para que Vd. no se preocupe. Lo nuestro es fabricar buenas baterías. Baterías que responden,

que cumplen su misión calladamente, eficazmente. Baterías OXIVOL, con GARANTIA VARTA. Con garantía de la primera marca europea de baterías. La batería OXIVOL no necesita atenciones especiales. Vd. puede viajar despreocupado de ella, sin fijarse en ella, reservando toda su vista para conducir. Conduzca con sus cinco sentidos.

Las baterías OXIVOL están cargadas en seco. Es decir, salen de fábrica con toda la carga eléctrica montada en su interior, pero sin líquido en los vasos. En el momento en que se rellenan con la mezcla de ácido, están en perfectas condiciones de servicio.



Cargada en seco.
GARANTIA VARTA.

Despreocúpese
de la batería.



En su coche,
la batería
OXIVOL
responde.

Pídanos el folleto CONSEJOS PRACTICOS RELACIONADOS CON LA BATERIA, escribiendo a OXIVOL - Serrano 16 - MADRID